

REVISTA GADITANA.

Número 20.

INTERESES NUEVOS
CREADOS EN EUROPA

DESDE LA REVOLUCION DE 1830.

Por Luis Carné.

(Paris 1838.)

El título de esta obra muestra claramente cuanto ha variado de algun tiempo á esta parte el concepto bajo que solia considerarse la política. A Rousseau no le hubiera nunca pasado por el pensamiento que una ciencia que habia tenido por tan independiente de las circunstancias como la astronomía ó las matemáticas, llegase con el discurso del tiempo á mirarse como fruto de las continuas vicisitudes que los sucesos humanos ocasionan en la sociedad: la portada de la mayor parte de los libros sobre esta materia, que ven en el dia la luz pública, no podria ménos de causar suma extrañeza á los publicistas, que, á la manera del filósofo ginebrino, creyeron que las naciones podian establecer su pactos con el gobierno, como acostumbran hacerlo los particulares entre sí.

Sin embargo, atendida la mente del escritor, no descubro razon alguna para censurar el título de la obra: si ha sido su designio, segun que en breve lo veremos,

señalar las alteraciones acaecidas en la forma del gobierno por los intereses que sucesivamente han ido formándose en las naciones europeas, ¿qué cosa mas natural ni mas adecuada á las sanas doctrinas del buen gusto y de la gramática, que poner por título á la obra el signo de la idea que en toda ella domina?

Tratados de política son, sin duda alguna, los que escribieron Tomas Paine, Desquiron de Saint-Agnan, Benjamin Constant y el mismo Rousseau. No obstante, obsérvese cual difieren los nombres con que designó cada uno de ellos la ciencia á que habia dedicado sus tareas: Tomas Paine, empeñado en impugnar la opinion de Burke, que sostenia el principio de la autoridad contra los dogmas que en la primera época de la revolucion corrian en Francia con mas crédito, no halló para su obra título mas adaptado que el de *Derechos del hombre*: porque su propósito era probar, que el hombre tiene derechos que no prescriben jamas y que eternamente protestan contra las demasias de los tiranos.

Desquiron de Saint-Agnan llamó á la suya *Principios eternos de politicas constitucional*: y si se atiende á que el autor comienza el primer capítulo con estas palabras: *El mundo habia salido del caos*: y á que discuten gravemente las opiniones de Thales, de Dicarco, de Pitágoras, de Aristóteles y de Platon, acerca de la naturaleza del alma: las de Con-

dillac y Buffon sobre si el hombre animal es bipede ó cuadrúpedo: y á que en suma, no hay problema alguno, ya moral, ya religioso, que no tenga cabida en una obra en dos tomos en cuarto, que apenas llegarán á componer entre los dos unas quinientas páginas, no parecerá del todo inadecuado el epíteto de *eternos* con que califica sus *Principios de política*. El modo de comenzar trae involuntariamente á la memoria el libro en que Moises, por inspiracion divina, describió la creacion del mundo: el ánimo se preocupa desde luego con la idea de la eternidad, y presente sin querer, que todas las doctrinas del autor irán marcadas con el sello de la consistencia: no le ocurrirá por cierto la especie de que la política es una ciencia flexible y acomodaticia, dispuesta siempre á doblegarse al impulso de los acontecimientos humanos.

Benjamin Constant adoptó para sus tratados sobre la ciencia de los publicistas, el de *Curso de política Constitucional*, porque se limitaba su enseñanza á señalar las doctrinas en que se fundaba la division de los poderes, adoptada en la Constitucion de su país, y Rousseau, imaginando que el hombre por eleccion de su alvedrio habia pasado del estado de aislamiento al de sociedad, no pudo designar mejor la ciencia que establece las relaciones entre los súbditos y el gobierno, que con el título de *Contrato social*. El adjetivo, añadido á una voz cuya acepcion es de todos conocida, revela el pensamiento del elocuente soñador, desde la portada de su libro.

Tal vez se me censure de nimio y prolijo por la importancia que atribuyo á una cuestion como esta, en unos tiempos en que la libertad de hablar ha roto todos los lazos con que en otra época la sujetaban la gramática y la retórica, y escude sin duda alguna, en el ensauche que ha adqui-

rido á todas las demas libertades: sin embargo, si desentendiendonos de esta primera impresion damos lugar á que la mente reflexione algun tanto, no podrá ménos de variar este concepto.

El título de un libro seria por si mismo cosa poco importante, si no fuese ya de antemano un compendio de las ideas del autor; si este, en fuerza de la direccion que han tomado sus pensamientos, advierte que ninguno de los usados hasta entónces por los que ántes que el escribieron sobre la materia de sus investigaciones, cuadra con la opinion que ha formado, ¿seria cordura que pospusiese la exactitud filosofica á un escrúpulo gramatical?

Ademas, en el caso presente es tal el enlace de la obra y de su título, que todo el estudio que se emplee en comprenderlo ha de servir para facilitar en gran manera la inteligencia de aquella. El análisis del libro persuadirá eficazmente la verdad de mi asercion.

Luis Carné se propone investigar cual ha sido la influencia de la revolucion de 1830 en las *cuestiones que hoy se agitan* en Europa; pero si bien es cierto, dice en el prefacio del primer tomo, que hay semejanza en los efectos que ha producido el acontecimiento de Julio en los varios pueblos de este continente, no lo es ménos, que, apesar del espíritu general del siglo, cada pueblo ha hecho que las ideas nuevas se modifiquen segun la indole particular de sus leyes y de sus costumbres. Por esta razon, dando la debida preferencia á lo que concierne á la Francia, el autor ha dedicado muchas páginas de su libro á los Países Bajos, á la Alemania, España y Portugal. Su mira principal ha sido distinguir cuidadosamente los rasgos característicos de cada nacion, para apreciar con exactitud las mudanzas ocurridas en su gobierno.

De esta sencilla esposicion se deduce ya la idea principal de la obra: la inten-

cion del autor no es discurrir vagamente sobre la naturaleza de los principios para idear un sistema de gobierno á que bayan de acomodarse los pueblos todos, á despecho de su historia y de los hábitos que en ellos ha formado el tiempo; sino observar la accion constante de los sucesos en las teorías, y la especie de fatalidad que hace que el poder pase de unas manos á otras, sin que los esfuerzos de los que quisieran conservarlo, logren su propósito cuando una vez se mudaron las condiciones sociales á que eran deudores de su supremacia. Así pues, los intereses creados por la mudanza ocurrida en Francia, se presentan sin cesar como esplicacion universal de todos los hechos mencionados por el autor: el título del libro es el hilo que sirve de guía en este laberinto.

La primera parte, dedicada á la Francia, consta de cinco capítulos. En el primero, que tiene por epígrafe *movimiento político en Francia y en Europa desde la revolucion de 1830*, después de observar que la sociedad, lo mismo que la ciencia, reciben el sello de las ideas del siglo, traza un ligero bosquejo de las vicisitudes que han probado estas desde la época en que tuvo consistencia la civilizacion moderna hasta nuestros días: advierte la unidad que reinaba entre el mundo político y la Iglesia, hasta el tiempo de la reforma: desde entónces comenzó la variedad de opiniones sobre el origen del poder y sus límites, y sobre la constitucion primitiva de la sociedad: Bossuet y Luis XIV constituyen la potestad Real, estableciéndola sobre las tradiciones inmutables del Oriente: los refugiados en Holanda y los presbiterianos en Escocia, daban á sus teorías sociales una base agresiva, y en Inglaterra las ideas absolutas predicadas primero en las *reuniones (meetings)* acabaron por hacer que los bandos opuestos vinieran á las manos. En el resto de la

Europa los debates se reducian á las universidades, y las armas eran testos y comentarios: la sociedad se miraba como un problema de metafísica, que cada uno resolvía á su manera.

En el siglo siguiente la mente humana, desnuda de fe, camina por el campo estéril de las abstracciones: cree en sí misma, y estudia con ardor todos sus fenómenos: aspira á descubrir la constitucion íntima del *ente* para determinar todos los modos de su actividad. La potestad virtual del mayor número es la única regla de derecho en el siglo XVIII, como la sensacion la única facultad del entendimiento. Bien es verdad que observando que esta fuerza ciega del pueblo se modifica en su accion, segun dá de ello testimonio la historia, pensaron en organizarla del mejor modo posible: de aquí la fé en la eficacia de las formas políticas.

En la edad presente la inutilidad de las hipótesis es á todas luces evidente: la atencion que absorbian ántes en filosofía las ideas innatas y el principio de la certidumbre, y en política la legislacion primitiva y los derechos del hombre, se convierte ahora hácia el estudio de la naturaleza y de la historia.

Los partidos actuales son agregaciones de individuos unidos por intereses comunes, mas bien que por dogmas políticos: la fidelidad al empeño contraído consiste en la conciencia del hombre como individuo: no en la fé del hombre público. El descrédito de los principios trae su origen en las estrañas consecuencias que han tenido: Napoleon, que reinaba en nombre del pueblo, fundó en Francia un despotismo comparable solo con el de las monarquías del Asia: la casa de Borbon, reiaando por el derecho divino, hizo que la verdadera libertad se arraigara en la nacion: y el poder actual, sin tener derechos hereditarios que alegar, y fuera:

de las ideas del mayor número, resiste sin embargo, y se conserva á despocho de los reiterados embates de que está siendo blanco.

El estado es, en el momento presente, una *compañía de seguros mútuos*: la lógica desmaya ante el escepticismo y la indiferencia.

La misma incredulidad respecto á los principios se estiende tambien á las formas constitucionales: no hay quien desconozca que ante la omnipotencia de la opinion, no tienen estas valor alguno: así, despues del suceso de Julio, los partidos políticos que durante la restauracion habian sustentado con mas acaloramiento las tésis constitucionales, se desbandaron; y la nacion adoptó sin repugnancia, las ideas de poder. El cambio sucedido fué personal: la clase media tomó por fin las riendas del gobierno á que aspiraba cincuenta años habia.

Esta, al proclamar en Julio la *soberanía popular*, lo que en realidad deseaba era *su propia soberanía*. La restauracion luchó, por decirlo así, no con doctrinas, sino con una casta: la verdadera nacion del poder actual es la de iniciar la clase media en la vida pública: la teoria del equilibrio de los poderes es una vana quimera: la monarquía no es ya una creencia: es un *interes*: no le faltará apoyo siempre que se presente como protectora de la paz y del orden interior.

El gobierno democrático requiere unidad de ideas y costumbres en el pueblo: en una nacion en que faltan estas condiciones, el gobierno legitimo es el de la clase media. La capacidad personal sustituida á los privilegios hereditarios: la separacion del Estado y de la Iglesia y la centralizacion administrativa, bases de esta clase de gobierno, son las ideas que dominan en Francia y van cobrando crédito en el resto de la Europa: en Alemania los adelantos de la industria nacional preparan

mudanzas en el estado politico de las personas: en España los antiguos reinos de Aragon y de Granada se han convertido en prefecturas francesas, sin que el orgullo de los naturales del pais lo haya llevado á mal: en Inglaterra el bill de reforma ha consumado la revolucion politica, sustituyendo al sistema electoral de las tradiciones históricas, el que tiene por base los guarismos del censo: en todas partes la clase media se acerca al poder.

El capitulo segundo trata de *las teorías republicanas en la antigüedad y en las sociedades modernas*. Observa que el advenimiento de la democracia al manejo de los negocios públicos fue en Grecia y Roma signo precursor de la decadencia del Estado: porque el orden social se sustentaba en las creencias religiosas: las leyes divinas y las humanas parecian nacer de un mismo origen, y así las doctrinas racionalistas y democráticas dieron por tierra con la religion y con el patriotismo juntamente.

A primera vista parece que los tiempos modernos se asemejan á la época en que la Grecia se ahogó, por decirlo así, en un pielago de palabras redundantes y venales, y en que Roma, libre del yugo de los Senadores-pontifices, cayó en poder de los Emperadores: en efecto, á medida que mengua la postestad del Gobierno, un poder fuerte é irresistible amenaza á la sociedad; la opinion es la reina del mundo. Sin embargo, el temor de que la civilizacion moderna acabe como la antigua carece de fundamento.

Estudiando el porvenir de las sociedades modernas, se ofrece á los ojos del observador un hecho propio de estas, que hace que su destino no sea el que cupo á Grecia y á Roma. Este hecho, fuente de todos los progresos del día, es el cristianismo: las doctrinas del Evangelio son las únicas que, infundiendo en los

ánimos el principio de la abnegacion, pueden evitar que el linago humano vuelva de nuevo á pasar por las terribles pruebas del racionalismo. Por primera vez se presenta en el mundo el espectáculo de la separacion del Estado y del Culto religioso, sin que por ello se resentia la sociedad: la Iglesia, comunión de las almas, se alimenta con las verdades eternas, mientras la sociedad política está sujeta á frecuentes y diarias mudanzas; pero estas mudanzas y estos esperimentos que el hombre hace de sus facultades, en una palabra, la estension del elemento democrático degeneraría en vicios horribles sin la fe cristiana; porque la civilizacion, que tanto ha refinado los goces materiales del hombre, no le ha sugerido acerca de su origen y de sus deberes, nociones mas luminosas que las de la antigua filosofia.

Los Estados-Unidos han logrado que la doctrina democrática se estienda mas allá de lo que imaginó la antigüedad; porque son una nacion cristiana por escelencia.

La repugnancia que el *partido republicano* ha probado en Francia, al propio tiempo que las ideas iban siendo cada vez mas democráticas, nace de que sus doctrinas eran anti-religiosas: el libro de Condorcet fué su Evangelio: la perfectibilidad de nuestra especie, fundada en una combinacion mas ó ménos acertada de las instituciones políticas y civiles, en la reparticion igual de las fuerzas y de los goces físicos, y en la completa estension de la actividad humana, escluyó la idea de que el hombre se mejora procurando acercarse con el pensamiento á su Criador. La escuela americana, que todo parece ménos americana, puesto que en vez de teorías económicas inclinaba á las ideas de Voltaire y á la guerra, acabó por confundirse con la escuela convencional; y ambas han corrido la misma fortuna.

No obstante, las ideas republicanas descreditadas por irreligiosas y anti-sociales

¿podrian quizá, mezclándose con los intereses morales y pacíficos de la clase media, llegar á regir la Francia?

En el capítulo 3.º, destinado á señalar la diferencia entre la democracia de los *Estados-Unidos y la clase media de la Francia*, se encuentra la resolucion de este problema. La soberania del pueblo es un hecho en aquellas regiones: la preponderancia del mayor número sobre la *inteligencia* es la base de todo edificio social: por que los que primero se establecieron en los desiertos de la América eran iguales en creencias, y todos tenian los mismos medios de crear sus riquezas: la naturaleza, sin distincion alguna, concedia sus dones á los afanes del trabajador. Además, disidentes de su patria tuvieron que proveer por si mismos á su propia defensa, y á su conservacion y progreso: de aqui la actividad incensante y la fuerza del espíritu municipal: las costumbres y la vasta estension del territorio han fundado la democracia americana: el día que la tierra no ofreciese ya recursos para nuevos propietarios, el principio político se alteraría.

El dominio de la inteligencia es por el contrario, la idea que prevalece en Europa: en el siglo XVIII se invocó contra la gerarquía fundada sobre la conquista: y cuando en 1789 el estado llano pareció en la escena política, mas que en su número fundó sus pretensiones en los conocimientos que poseía: la aristocracia del nacimiento ha ya desaparecido: no obstante, la division de las diversas clases de la sociedad, segun su cultura, existe todavía. Mientras que el trabajo manual sea una necesidad para el mayor número, la instruccion no puede nivelarse: la propiedad, condicion necesaria para ejercer el poder, propende á parar tambien en manos de la clase media; porque si la ley ha dividido las vastas posesiones del clero y de la nobleza, las dificultades del cultivo han obligado

á los dueños de reducidos terronos á venderlos: la riqueza moviliaria, nacida de la industria, no aprovecha á los proletarios, en tanto que el salario del que se dedica á ella, se determine por la suma de las necesidades y los medios de satisfacerlas: la division de la sociedad entre la clase que dispone del trabajo y los trabajadores, colocados bajo su proteccion, es inevitable: la clase media posee instruccion y capitales; el *banco* y la ciencia están en sus manos: asi es en la Francia lo que la democracia en los Estados-Unidos.

La politica de esta clase estriba en el interes presente: ni tiene tradiciones que respetar, ni gloria que adquirir en lo futuro: la vida pública se pierde en la libertad de la vida individual, á medida que los afectos se concentran en el hogar doméstico: pero para que la clase media entre de seguro en las vias pacificas que le son propias, debe fijar su posicion respecto de la Europa: durante la dominacion de sus ideas, la unidad de las naciones de este Continente llegará quizá á realizarse: la patria sería entonces una vasta aglomeracion de intereses: la tierra, perdiendo el carácter patriarcal que hasta ahora ha tenido, vendría á ser un mero instrumento de produccion: asi va ya sucediendo: el propietario no se contenta con los frutos de sus tierras y se aplica á aumentarlos por medio de su industria: las clases inferiores permanecerán bajo el patronazgo y la tutela de las superiores.

El enlace y la multitud de los intereses exigen la centralizacion administrativa: la prueba de que este es el pensamiento de la nacion francesa, es la facilidad con que renunciaron las provincias á sus recuerdos históricos, y adoptaron la division departamental: las empresas de utilidad para los pueblos provienen siempre del gobierno: el salario de los que sirven al público, es consecuen-

cia tambien del dominio de la clase media: tambien lo es la prueba científica, sea para los cargos políticos ó administrativos y la admision de las capacidades en las listas electorales, ya inminente en el dia.

Respecto al Monarca procura restringir su accion todo lo posible; concediéndole cuantas atribuciones administrativas pretenda, y exigirá quizá que las cámaras sancionen los tratados que celebre con otras naciones: la monarquia es en realidad un interes, no un dogma. La inteligencia y la riqueza luchan en el dia entre sí.

Para que fructifiquen los trabajos de la clase media no basta que reuna el poder, la riqueza y la ciencia, si carece de una inspiracion que venga á darle vida. Es preciso que ponga su conato en moralizar al pueblo: en arrebatarle al materialismo grosero de su vida, á fin de que sus creencias renazcan de nuevo: para alcanzar este objeto, el único medio es hacer que el Clero y el público estén en comunicacion continua: la moral del cristianismo es inseparable del dogma: se funda en las relaciones de la criatura frágil y culpable con el Omnipotente, por la eficaz mediacion de J. C. que participa de la naturaleza humana y de la divina: el dogma y la moral se significan con la palabra *espiacion*. Esta palabra no se explica en el derecho natural de Puffendorf ni en el de los enciclopedistas del siglo XVIII. Los que creen que el hombre puede morigerarse sin la religion, suponen que al instinto del bien acompaña la fuerza necesaria para practicarla: y que el sacrificio heroico del hombre para aliviar las miserias de sus semejantes, no ha menester la mano de Dios que le sustente. La filantropia puede clar á la caridad la direccion mas adecuada al estado de la sociedad: mas no suplir al fuego divino que enciende en el pecho del cristiano el amor del prójimo: laudables son los asilos donde la vejez encuentra consuelo en los últimos dias de su vida

y las escuelas gratuitas: no obstante, si el Maestro se convierte en mero *mercader de lectura*, si en su ánimo se anidan las pasiones y el egoísmo, sin las inspiraciones religiosas, la enseñanza será estéril como el grano de simiente que cae en la arena. Si se fija la atención en la soledad, adoptada como medio de corregir al reo en el sistema penitenciario, se advertirá, que sin las palabras de esperanza que se deslizan de los labios del Sacerdote, se precipitaria en el abismo de la desesperación y de la locura: las cajas de ahorro ¿podrían acaso encerrar las economías del pobre, sin la religión que le dá fuerza para sugetar sus apé- titos?

La clase media debe estrechar su alian- za con el Clero; la Sociedad Eclesiástica descansa sobre bases análogas á las que sirven de fundamento á la civil: admite, lo mismo que esta, el principio electivo y el monárquico: el Clero no formará ya una seccion en el Consejo de Estado, con la mira puesta de que un Obispo se sen- tará en la silla ministerial: ni será un medio de conscripcion y de policia como en los tiempos del Imperio: su mision se librará en dar aplicacion moral á las ideas útiles, viviendo en armonia perfecta con el Estado, sin ser ni dueño, ni esclavo suyo.

Estas son las ideas de Luis Carné, respecto á las relaciones que deben es- tablecerse entre la clase destinada por el transcurso de los sucesos á regir á la na- cion Francesa y al Clero: su lectura su- giere mas de una reflexion de grave im- portancia. Ofrecese desde luego á la men- to la insuficiencia de todos los sistemas de moral, cuyo único principio está en algu- nas de las facultad es humanas: el epicurismo por mas que se disfrace con los nombres de utilidad y de maximizacion de la feli- cidad, viene á reducirse á un cálculo egois- ta, que sobre secar en el corazón los gér- menes del amor á nuestros semejantes,

está sujeto á errores innumerables; ¿cómo es posible que á cada instante pueda la razon descubrir esa soñada utilidad remo- ta, y distinguirla de las ilusiones de los sentidos? ¿No nos enseña la esperiencia que las impresiones actuales son las mas eficaces y poderosas?

La nocion vaga del deber no es tam- poco suficiente para inclinarnos á la vir- tud: sin la idea de una vida futura, y de un Dios reparador de las injusticias del mundo, el desórden moral no podria ménos de hacer que el alma desfallecie- ra, y la voz de la conciencia se aboga- se entre los gritos de las pasiones.

La reflexion descubre, es cierto, una admirable armonia entre la utilidad y la moralidad de las acciones; comparando el mezquino provecho que resulta de la in- fraccion de un deber con el daño que esta infraccion acarrea á la sociedad y tal vez al mismo individuo que la comete no hay que dudar acerca del lado donde ha de inclinarse la balanza: mas el querer que esta consideracion sea la égida de la virtud, es desconocer de todo punto la índole del corazón humano: los móviles que le dirigen son los deseos y apetitos del momento: instigado por ellos y obli- gado á escoger entre el bien presente y el futuro, ni tiene tiempo de pensar en las consecuencias ulteriores de su accion, ni, aun dado caso que lo tuviera, es po- sible que comprenda, en todos los actos de su vida, el enlace que estos tienen con el órden moral del universo: y to- davia en esta hipótesis, para opinar que se abstendria del mal por este motivo, es preciso suponer, contra lo que con- tinuamente vemos, que es mayor y mas eficaz la propension del hombre hácia los objetos esteriore, que la que le mueve á referirlo todo á sí mismo. Vano fun- damento fuera para la moral una virtud que solo se apoyara en razones obstru- sas de metafísica, que apenas es dado enten-

der á un corto número, y que son desconocidas para la generalidad. Si del individuo pasamos á la sociedad, aun aparecerá esta verdad mas luminosa: sin repetir lo que tantas veces se ha dicho, acerca de que la corrupcion y la decadencia de las naciones suele ser contemporáneas, no es dudoso el que, por bien combinadas que estén las instituciones políticas y civiles, ninguna de estas combinaciones alcanza para enfrenar al egoismo individual, que abandonado á sí propio, acaba por pervertirlas y hacer que produzcan efectos contrarios á los que debian esperarse de su naturaleza. Si el que se sienta en las asambleas legislativas, y el que escribe con la pretension de dirigir la opinion pública, carecen de un principio de moral religiosa que guie sus labios ó su pluma, ¿qué garantía queda á la Nacion contra las pasiones de estos nuevos gobernantes? Por mas ingeniosamente que se dispongan los poderes del Estado, ¿donde el individuo no descubre límites á sus deseos podrá nacer la nocion del bien público? La historia enseña que los tiempos de mayor tirania fueron los tiempos de mas egoismo: las victimas que Tiberio sacrificaba á su crueldad, no escitaban ira ni compasion en los Romanos; porque conociendo solo la vida de los sentidos anteponian á todo su propio deleite: el sentimiento individual habia marchitado todas las virtudes sociales: no porque la industria y el comercio hayan hecho en Europa progresos tan rápidos hemos de creer que por siempre estamos á cubierto de los males que affligieron en otra época á los pueblos: sin los dogmas religiosos las mas sabias instituciones son insuficientes; puesto que el egoismo si bien es cierto que sabe mudar de language, no muda de intenciones ni puede ménos de llevar en pos de sí daños infinitos.

Los temores que aun pudieran abrigar algunos sobrado meticulosos, acerca de que el Clero volviese á ser poderoso como lo fué

tiempo ha, y de nuevo atase á los pueblos con la cadena que sostenian el Altar y el Trono juntamente, son vanos como nacidos de la irreflexion y de la ligereza. La distribucion de la propiedad actual no consiente que adquiera riquezas considerables como en la época del feudalismo: y la supersticion de los milenarios reproducida en nuestros dias, no lograria que el comerciante y el dueño de una fábrica olvidasen los bienes de esta vida por pensar en los de la futura.

Despues de la conquista de los bárbaros la propiedad se adquiria á viva fuerza y quedaba en manos de muy pocos: el poder político y el territorial estaban unidos: el Clero para tener influjo en aquella sociedad, tuvo que ser propietario y hasta guerrero: de otro modo no le habria sido posible enseñar la moral santa del Evangelio, ni el mundo hubiera salido jamas del grosero materialismo á que le condenaban los vicios del antiguo Imperio romano, y la ferocidad de sus nuevos Señores; pero en el día que la riqueza se adquiere con la industria y el trabajo, viviendo los eclesiásticos abstraídos del mundo, y no siéndoles permitido caminar por estas vias, ¿qué medio tendrian para enriquecerse en demasía?

Tampoco es posible que renazcan las creencias ó mejor los abusos de la religion, debidos á la ignorancia de la edad media: la imprenta hace que las ideas se transmitan de unos pueblos á otros con celebridad increíble: de dia en dia se facilitan los medios de comunicacion de unas naciones con otras; las aplicaciones de las ciencias físicas á las artes aumentan los goces de la vida, y todo parece que conspira á hacer que el hombre, apegado á la tierra, olvide que es hijo del Cielo. ¿Qué mejor temperamento que la moral Evangélica para que ponga medida á unos goces, cuyo abuso acabalo mismo con la vida física que con la vida moral? y ¿cómo es

dable temer que vuelva al fanatismo pasado, cuando la corriente del siglo le empuja hácia el opuesto precipicio?

(El resto de este artículo irá en el próximo número de la Revista.)

TOMAS GARCIA LUNA.

Un Médico o un Abogado EN LA FAMILIA.

Es muy comun en las familias el deseo de tener un médico ó un abogado en su seno por los grandes ahorros y considerables ventajas que en su concepto deberán producirles. Quién mejor que un primo, un hermano ó sobrino, se interesará por el bienestar de la familia? Así es á la verdad, responderemos, con tal que ese primo ú sobrino sean personas de talento y sobresalientes en sus carreras; de lo contrario no podremos ménos de esclamar; desdichada la familia donde hay un médico; mas desdichada aquella donde hay un abogado!

Figúrese V., amado lector, que cae enfermo, y que llama V. al mejor médico de Madrid. Aun no han pasado cuatro minutos y ya tiene V. en su casa á su primo D. B. Doctor en medicina.—He sabido, primo mio, le dice á V., que has llamado al Doctor H. Esto quiere decir que me crees un necio, un asno, un asesino.

No está mi intencion.

Entónces será que estás enemistado conmigo.

Yo, primo mio?

Qué se pensará, qué se dirá de mí? Ved que bueno será el doctor D. B. cuando ni aun sus parientes quieren fiarse de él.

Pero, primo...

Ya ves que me deshonras; soy perdido. Nadie querrá fiarse de mí... No hay remedio primo, es necesario ó que yo sea el único médico que te asista, ó que te batas conmigo ahora mismo. Estoy deshonrado y no puedo conservar la vida.

Entre estos dos extremos, no hay otro remedio que dejarse asistir de su primo. A las 24 horas, las gentes hacen el elogio de vuestro amor conyugal, de vuestro cariño paternal, de vuestras virtudes. Sabido es que estos elogios solo se prodigan á los cadáveres. Que la tierra os sea ligera.

Desgraciada la familia en que hay un abogado!

Figuráos, lectores míos, que os halláis enredados en un pleito por haber cometido un delito de aquellos en que no son admisibles circunstancias atenuantes; que habeis faltado á dos guardias, que se os disputa una propiedad patrimonial, ó que habeis sacudido una alfombra por la ventana de la calle. Vuestro sobrino que lo acaba de saber se planta en vuestra casa.

Con qué tenéis que acudir ante los jueces amado tíó?

Entónces contad conmigo, yo os defenderé.

Sí, querido sobrino; pero pienso defenderme yo mismo; te agradezco el interes que te tomas por mí. Mi defensa es muy sencilla; se me hacen cargos por haber sacudido mi criado una alfombra por la ventana, y yo no tengo ni alfombra ni criado, ni en mi casa hay ventana alguna.

Ah! guardaos de decir eso.

Por qué?

Por qué porque... pero permitidme que os calle las razones que tengo para este proceder, y dejadme que os defienda. Ademas, no os podeis negar á esto; qué se dirá de mí? Tu mismo tíó le ha reusado su clientela. Cuántos habrá! Ah! tendré que espatriarme sin remedio.

Pero sobrino...

No hay pero que valga; ó me confiais vuestra defensa, ó sino... voto á...

Vos que tenéis un carácter pacífico y lo queréis romper las amistades, os veis forzado á ceder. El sobrino, dejándose arrebatar de un celo indiscreto, insulta á los jueces. El negocio se pierde, y si la cosa vale la pena el tíó es condenado á cárcel ó á presidio.

De hoy en adelante, si ven ustedes alguna persona melancólica y pensativa negarse á todo placer y distraccion, y llevar una vida esclavizada por un régimen medicinal en extremo austero, no hay que admirarse, es un desgraciado que tiene en su familia un médico jóven, cuyos exámenes le han parecido poco satisfactorios, y que sabe que la menor indisposicion es para él enfermedad de muerte.

Si ve V. á otra persona humilde, meticulosa, y tímida, andando por medio del arroyo por no quitar la acera á persona alguna, si observan ustedes que le quitan el sombrero y que no se atreve á reclamarlo; que al ser atropellado por un elegante ginete en lugar

de quejarse pide perdon; que al exigirle el lacayo de un coche de alquiler el precio de un dia, lo paga sin decir una palabra, no obstante haberlo concertado por seis horas; que sufre que su casero le aumente el alquiler de su habitacion una mitad mas; que sabiendo que el portero se le bebe el vino de sus bodegas y que le abre las cartas, hace por fingir que lo ignora; si advierten VV. que al atribuirle una jóven, á quien jamas ha visto, la paternidad de un niño recién nacido, paga los alimentos de la criatura y la besa y acaricia... no hay que admirarse tampoco; esa persona tiene un sobrino abogado. Aunque su proceder parece estúpido, tened entendido que es bastante avisado para comprender que la menor disputa, el menor litigio pueden arruinarle ó enviarle á presidio.

LA AGRICULTURA.

Discurso de Mr. Lamartine, presidente del Consejo general del Departamento de Saone et Loire, en una sesion pública de la Sociedad académica de Macon, celebrada con el objeto de repartir premios á los labradores que mas se habian distinguido.

Damos estas señales de respeto á vuestra profesion porque, en nuestro entender, si de la instruccion nace la sabiduria, y de la industria la riqueza, es la agricultura la que forma los mejores ciudadanos. El labrador tiene un lugar inmenso en la civilizacion: no es su *cumbre*; pero es su *base*; ¿quién se atreverá á decidir cual es el lugar preferible, si la *base* ó la *cumbre*?

Sí, la agricultura forma los buenos ciudadanos, porque de ella nacen la familia y el patriotismo. ¿Habeis reflexionado alguna vez lo que significa esa palabra patriotismo? ¡Oid! Sin duda para el hombre religioso, para el hombre de Estado, para el filósofo, la patria se compone de abstracciones sublimes, la patria es la sucesion continua de una raza humana, que poseyendo el mismo suelo, hablando la misma lengua, viviendo bajo las mismas leyes y no muriendo nunca, se perpetúa renovándose como un ser inmortal que

no tiene sino á Dios delante y tras de sí. Mas para la gente del campo la patria es una cosa mas sensible, mas real y que toca mas de cerca su corazon. Lo que ama él en la patria es el corto número de objetos que lo rodean; su casa, su familia, su campo. ¡Porque tanto patriotismo inspira la choza pobre, humilde y cubierta de paja, como el alto palacio, sobre cuyas paredes resplandece el Sol! Y sus habitantes mueren gozosos cuando es preciso defenderla contra la profanacion de los estranjeros.

La Agricultura fija y moraliza á la especie humana.

No hay código, ni libro que contenga tanta moral como un campo cultivado. El arado echó los fundamentos de la sociedad, al trazar su primer surco. Lo que sale de la tierra labrada, no es solo trigo, es una civilizacion entera.

Hay dos industrias, dijo en seguida Mr. Lamartine, una directa que es la agricultura, otra indirecta es la manufacturera. La primera es directa por que produce directamente las cosas necesarias para la subsistencia humana y las necesidades de la vida.

La industria indirecta no proporciona sino un salario, y por medio de este salario cubre las necesidades del que la ejerce. Pero este salario falta á veces.

Volved despues de 10 años de ausencia á una ciudad manufacturera. No conoceréis ya á nadie en la misma calle donde conociais á todo el mundo. La variacion de las modas, las crisis comerciales, las bancarrotas, las catástrofes, lo habrán renovado todo.

Volved al cabo de medio siglo á la aldea de vuestros padres, y todo lo hallareis como lo dejasteis, las mismas casas abrigando á las mismas familias, las mismas costumbres y las mismas virtudes. Esa es la diferencia entre uno y otro género de vida. Consiste en que los unos son los obreros de Dios, y los otros los obreros del hombre.

Sirven los unos á un dueño voluble, caprichoso, ingrato: los otros á un señor bueno, permanente y eterno, cuya naturaleza trabaja infatigable mientras vosotros descansáis. Y esta estabilidad que dá la agricultura á las familias, las dá á las Naciones.... ¿Qué veis en la historia? A las Naciones industriales que brillan y atraviesan rápidamente por la tierra fugitivas como las alas de sus navios, como las ruedas de sus máquinas.

La divisa, el símbolo de un gran pueblo, no es una máquina de industria, no es un pe-

dazo de tela, ni una moneda de oro; sino una tierra fecunda, madre de un gran pueblo, una espada para defenderla, un arado para labrarla.

ABELARDO Y ELOISA. (*)

ENSAYO HISTORICO

de Mr. y Mme. Guizot.

Entre las tradiciones amorosas de los tiempos antiguos y modernos, pocas se encontrarán tan apasionadas y ninguna ciertamente tan popular como la de Abelardo y Eloisa. *El talento y la ciencia de Abelardo, ha dicho M. Guizot, habrian hecho vivir su nombre en los libros: el amor de Eloisa ha valido á su amante, al par que á ella, la inmortalidad en los corazones.*

Conviene sin duda alguna distinguir en Abelardo dos vidas distintas: la vida del amante y la vida del filósofo. Las pasiones que han enlazado su nombre con el de la Abadesa del Paraclete, para memoria de todos los siglos, para admiracion de los hombres, para imitacion de los amantes, para desengaño y vergüenza de las almas heladas, que niegan su fé á los sentimientos mas poderosos de la vida, y las ideas atrevidas é innovadoras, que le pusieron en pugna con todas las ciencias y todos los poderes de su época, con daño de su reposo y de su dicha, y con ventaja inapreciable de la civilizacion y de los adelantos humanos, son las dos fases de esa existencia bri-

llante, que, consumida en parte por el amor, lució en la cátedra, y se ha eternizado en los libros.

Pero como nada hay en este mundo, ni ideas ni sentimientos, que no se pueda poner en duda, como se pase por el crisol de esa critica que se llama severa porque confunde el escepticismo con la lógica, y la injusticia con la imparcialidad, la sinceridad del amor de Abelardo, y la conveniencia y oportunidad de su enseñanza escolástica, han dado margen en nuestra época á empeñadas é importantes controversias.

Desde Bayle hasta nuestros dias son pocos los escritores que, al ocuparse de esta estremada y célebre pasión del siglo XII, no hayan puesto en duda la sinceridad del amor de Abelardo, incomparable segun ellos con los apasionados sentimientos de su esposa Eloisa. Y á juzgar por las cartas originales de ámbos amantes, y por las noticias que tenemos de su historia, no dejan de parecer fundadas estas dudas.

El amor verdaderamente puro, verdaderamente idealista, el amor que nace de la admiracion, que se alimenta y vive de sacrificios, el amor tal cual nunca hubiese existido á no tener su origen en el cristianismo, en la religion espiritualista por excelencia, el amor que nada tiene de comun con los placeres del mundo, es el amor de Eloisa. Chateaubriand compara el amor de esta Eloisa del siglo XII con el de Julia la Eloisa de Rousseau. «La voz de esta muger moribunda», dice, es el último soplo del viento que acaba de azotar el bosque: es el postrer murmullo de un mar que acaba de abandonar la playa. La voz de Eloisa tiene mas fuerza: esposa de Abelardo vive para Dios: sus desgracias han sido tan imprevistas como terribles: precipitada desde el mundo al desierto entró con todos sus ardores en los hielos monásticos. La re-

(*) Edicion de lujo con los textos originales de sus cartas, y diferentes imitaciones de poetas nacionales y extranjeros y ocho láminas finas, dos tomos en 4.º Se halla de venta en la redaccion de la Revista Gaditana.

ligion y el amor ejercen á la vez su imperio en aquel corazon: es la naturaleza rebelde que se agita entre los brazos del Cielo.»

Quien quiera aprender los misterios del amor verdadero, del amor idealista; quien no comprenda sino las blanduras y los placeres de la sensualidad y quiera elevar su alma y su corazon hasta la altura de los sentimientos, busque en las cartas de Eloisa, en sus cartas originales, y no en las pálidas y frias imitaciones que corren por las manos del vulgo, el secreto de esa pasión, que ni se agota con el uso, ni se entibia con el tiempo, ni se hiela como los cabellos con el frio de la vejez.

Juzguen nuestros lectores por las siguientes frases: pero ántes de leerlas recuerden que era en el siglo XII, y no en el siglo XIX, cuando las escribía Eloisa: recuerden, que aunque los sentimientos son contemporáneos de la humanidad, y habrán de durar lo que la humanidad dure, sin embargo, si no cambia su naturaleza, cambian las formas de su manifestacion, segun van cambiando los usos, ideas, y costumbres de los siglos, y lo mismo que hoy puede parecer ridiculo, estremado, immoral, era sublime y puro en una época anterior.

«Sábelo Dios! Nunca busqué en tí mas que á tí mismo: yo te ambicionaba á tí: á tí tan solo, no lo tuyo: nunca pensé en los lazos del matrimonio ni en dote alguna; nunca pensé en satisfacer mis placeres ó en cumplir mi voluntad, sino los tuyos y la tuya. Aun cuando sea mas santo el nombre de esposa, preferiría por mas dulce el de amiga. Quanto mas me humillaba en tu obsequio, mas esperaba ganar en tu corazon.»

Singular es la esplicacion que dá, dice Mr. Michelet, de las razones que tuvo para negarse durante mucho tiempo á ser esposa de Abelardo. «¿No hubiera sido impropio y deplorable que una mu-

ger tomase posesion, por sí sola, de aquel á quien la naturaleza habia criado para todos? ¿Qué espíritu acostumbra á la meditación de la filosofia, ó de las cosas sagradas, podria sufrir los chillidos de las criaturas, la parleria de las nodrizas, la algarabia y tumulto de los criados y criadas?»

Debemos repetir que no pueden citarse estos pensamientos de Eloisa como ejemplo que convenga imitar; sino como uno de esos estravios de la pasión, que son otros tantos testimonios indispensables de su existencia. Para comprenderlos es menester tener en cuenta, que el misticismo de la edad media, cuidándose con preferencia casi esclusiva de lo ideal, miraba con desprecio las atenciones del matrimonio y la vida de familia. Algunos teólogos enseñaban, que el matrimonio era un pecado por lo ménos venial.

Pero algunas veces llega hasta tal extremo la pasión, que se aparta Eloisa del espíritu religioso de su siglo. «En cualquier situación de mi vida, temo mas ofenderte á tí que al mismo Dios: mas deseo complacerte á tí que á él. Tu voluntad, y no el amor divino, me indujo á vestir el hábito religioso.»

Este amor que supo inspirar Abelardo á la primera muger de su tiempo, este amor absoluto, completo, no de vanidad ni de placeres, sino de entusiasmo y de abnegacion, y de sacrificios, es la mejor justificacion que puede hacerse de aquel varon ilustre. ¡Qué, se inspiran acaso esas pasiones, con una alma helada y un corazon insensible! Pero la diferencia del amor de Eloisa al de su esposo se descubre desde que se lee el encabezamiento de sus cartas.

Abelardo escribe. «A la esposa de Cristo, el esclavo de Cristo.» Obien, «A su cara hermana en Cristo, Abelardo su hermano en Cristo.»

El estilo de Eloisa es distinto. «A

su dueño, no, á su padre; á su esposa, no, á su hermano, su criada, su esposa, no, su hija, su hermana; á Abelardo Eloisa.»

En las cartas de Eloisa á Abelardo no se encuentran rastros sino de ternura y de pasión: en las de Abelardo se tropieza á veces con lunares groseros, que oscurecen y manchan los sentimientos de su alma. Aun cuando se tengan en cuenta las costumbres de su tiempo, no pueden ménos de repugnar las siguientes frases. «Fulberto, dice Abelardo, la entregó sin reserva á mi direccion, para que al volver de las escuelas me ocupase en instruirla, y que si notase en ella incuria la castigara severamente. ¿No era esto dar plena libertad á mis deseos? De suerte que si no me iba bien con las caricias, podía apelar á las amenazas y á los golpes.»

Esta baja brutalidad de un pedante del siglo duodécimo, forma contraste, dice un escritor ya citado, con la exaltacion y el desinterés de los sentimientos expresados por Eloisa. Por lo ménos, en esta ocasion, si Abelardo no se quedó atrás del siglo de ignorancia en que vivia, se rebajó hasta el nivel de sus mas groseros instintos y mas ruines pensamientos.

Tambien se nota alguna frialdad en la misma forma de sus cartas; «divide y subdivide las cartas de su amante: contesta á ellas con método y por capítulos.»

Injusto sería poner en olvido que, si el alma de Eloisa estaba enteramente dedicada al amor, el alma de Abelardo estaba dividida entre dos pasiones: no solo amaba á su esposa, amaba tambien la gloria: no era su única ocupacion querer: lo era tambien enseñar: si anhelaba sobresalir entre los amantes, tambien aspiraba á brillar entre los filósofos: no era su única lucha la de sentimientos en que fué vencido por Eloisa: igualmente renida fué la de opiniones y doctrinas que sostuvo con los célebres varones de su época y en que fué vencido tambien.

Pasemos por alto sus controversias con Guillermo Champeaux y sus desavenencias con Alberico de Reims y Lotulfo de Navarra, y otros muchos enemigos que tuvo, á causa de su nombradía y de su mérito, para hablar tan solo de su pugna con San Bernardo, el último de los Santos Padres de la Iglesia, el primer hombre de su siglo. Y ántes de todo, procuremos describir á ámbos campeones.

Era Abelardo un mozo de agradable figura que cantaba versos de amor, y que siempre hallaba abierto el camino de los corazones. Unida su nombradía á su belleza y á su garbo, ninguna muger le resistia. Descendia de noble linage y se aventajaba tanto en las artes del cuerpo como en las dotes del entendimiento.

Quando hablaba Abelardo nadie le resistia. ¿No habia dejado vencido y confuso al célebre dialéctico Champeaux su maestro? No habia obligado á Anselmo á confesar su propia derrota, al desterrarle de su diócesis? ¿No habia penetrado su voz hasta el retiro donde los sabios estudiaban sus escritos, y hasta los oídos de los mas ignorantes, que comenzaban á ocuparse de sus peligrosa predicaciones? ¿Quién no sabia en Europa que era Abelardo el mas elocuente de los filósofos y el mas atrevido de los novadores? Sus doctrinas sobre el pecado, sobre la Trinidad, sobre la célebre cuestion de nominalistas y realistas, daban que pensar á los sabios, y que decir al vulgo. Segun él, el pecado no es el placer, sino el desprecio de Dios. La intencion es todo, el acto nada. Si esta doctrina de que abusaron los jesuitas, ha tenido deplorables resultados en el siglo XVII, ¿qué no hubiese sucedido en medio de la ignorancia y groseria del siglo XII? Y sin hablar del atrevimiento de sus doctrinas teológicas, la justificacion del placer pugnaba abiertamente con el ascetismo de los monges, y era peligroso

en aquella época ¡Oh! ¡predicar la conveniencia y la dulzura de los goces humanos es cosa fácil con extremo! ¡Procurad luego poner freno á las pasiones, contened el torrente que ha salido de madre, sujetad á los fuertes, defended á los débiles! En un siglo en que las relaciones humanas no están suavizadas por la blandura de las costumbres, ni por la cultura del alma, el placer de los fuertes y de los poderosos es, no solo el origen de donde nacen infaliblemente las penas materiales de los débiles y de los pobres, sino, lo que es mil veces peor, su mortificación moral, su humillación, su abatimiento. La desigualdad social es un gran problema que no está todavía resuelto. El ascetismo monástico intentó resolverlo, ó por lo ménos, eludirlo, realzando y santificando el dolor. Algunos filósofos de nuestros días, del mismo modo que Abelardo, han querido hacer la fácil apología del placer. ¡Y qué palabras de consuelo se podrán decir entónces al gran número de los hombres, condenados á presenciar los placeres ajenos sin disfrutarlos!!

En suma, Abelardo no era el hombre de su siglo, sino de un siglo posterior. En su época era el representante del progreso; pero de un progreso peligroso: el apóstol de unas doctrinas aventuradas que otras generaciones han adoptado: pero que sus contemporáneos debían desechar. Ha hecho mucho bien á su posteridad, y hubiera causado muchos males á los pueblos de su tiempo, á no haber encontrado un fuerte y poderoso adversario. Este adversario fué S. Bernardo.

S. Bernardo era un monge que no habia querido ser Obispo ni Papa; era el árbitro moral, el dueño de las conciencias si se nos permite usar de esta frase, de la Cristiandad.

«Obligado á responder á todos los mo-

narcas que le consultaban, se vió á despecho suyo todo poderoso y condenado á gobernar la Europa. Una carta suya hizo salir de la Champaña el ejército del Rey de Francia. Cuando estalló el cisma por la elevación simultánea de Inocencio XI y de Aneleto, la Iglesia de Francia encargó á S. Bernardo que escojiese y escojiese á Inocencio: la Inglaterra y la Italia se resistían; el Abad de Clairveaux dijo una palabra al Rey de Inglaterra, y tomado en seguida por la mano al Papa, le condujo por todas las ciudades de Italia las cuales les recibieron de rodillas.»

Las cosas extrañas que de él refieren los escritores de su tiempo, dan á entender claramente el concepto en que le tenían y las ideas de su siglo. Escribía, dicen, diez líneas al Rey de Inglaterra y diez páginas á un pobre monge. Los sentidos nada le decían ya del mundo. Caminó, dice su biógrafo, todo un día á orillas del lago de Lausana y por la noche preguntó donde estaba el lago. Bebia aceite creyendo que era agua y tomaba la sangre cruda por mantea. La Biblia le mataba el hambre y el Evangelio la sed.

Tal era San Bernardo, ó por lo ménos tal la idea que se formaban sus contemporáneos del gran adversario de Abelardo. Era un reformador como este último, pero reformador de muy diversa especie: el uno daba rienda suelta al entendimiento, y el otro ponía á raya los placeres y las pasiones mundanas: el uno ejercía su dominio sobre los ánimos y el otro imperaba sobre las costumbres: era mas bien admirado que respetado el primero: respetado al par que admirado el segundo: ante el uno, los doctores humillaban su cabeza; ante el otro, doblaban su frente los pueblos. El filósofo enseñaba á discurrir; el abad á obrar. Escitaba grandes y ruidosas tormentas Abelardo, y San Bernardo ejercía su irresistible in-

fluencia desde el silencio de su claustro.

¿Quién es hoy día, al cabo de seis siglos, tenido en mas alta estimacion, el doctor ó el monje, el fundador de la escolástica ó el regulador de las costumbres? La historia imparcial colocará en tan alto puesto al filósofo como al abad: el uno hombre del porvenir, y el otro hombre de su siglo: el uno insigne entre los pensadores que han adelantado las ciencias, y el otro ilustre tambien entre los que han gobernado á sus contemporáneos, no con la fuerza, sino con el ascendiente de su reputacion y de su ejemplo,

El palenque donde habian de combatir estos dos terribles campeones fué el concilio de Sens: lucha grande en que iban á competir el prestigio que nace de la virtud, con el poder de la elocuencia y del talento. ¿Quién quedó vencido? Para honra eterna de la superioridad moral, que es la primera de todas, la razon del filósofo quedó humillada ante la conciencia del Santo Padre.

Distintas relaciones nos han quedado de lo que aconteció en aquel célebre concilio, siendo inútil advertir que todas ellas están mas conformes con las doctrinas é inclinaciones de los que las escribieron, que con la verdad de los acontecimientos.

«Despues de la comida, dice Berenger de Poitiers, apólogoista de Abelardo, trajeron el libro de este último y mandaron á uno de los asistentes que lo leyese en alta voz. Este lleno de cólera contra Pedro é inundado del zumo de la vid, no del jugo de aquel que dijo «Yo soy la verdadera cepa» sino de aquella vid que hizo poner desnudo á Noé; empezó á leer con mas estrépito de lo que se le habia encargado.» He aquí que echan á saltar los pontífices, patean, rien y hacen broma; de suerte que era fácil conocer que estaban rindiendo homenaje á Baco y no á Cristo &c.

Lo mas cierto es que S. Bernardo, apesar que podia contar con el auxilio de

la fuerza temporal, declaró á Abelardo que no tenia que temer persecuciones ni destierros. Hablaba tan solo en nombre de sus creencias, y nada mas pretendia sino que humillase Abelardo su razon ante la autoridad de la Iglesia, y ante la fé de las tradiciones. Reclamaba la sumision sin aceptar la disputa y lo reclamaba con la autoridad de un apóstol, dejando á Abelardo que probase sus a ertes con la sutileza de un teólogo.

«Abelardo no hizo mas que vacilar y apelar á otra potestad: á la Curia de Roma. El filósofo era profundo, el dialéctico sublime, el orador elocuente; pero el hombre era débil y hubo de sucumbir su númer ante la rectitud y alto carácter de su rival.»

Así pues, la historia ayudada por la filosofía y la ciencia, ha encontrado dos grandes lecciones de moral en la vida de Abelardo. La preeminencia del amor puro é idealista, sobre las pasiones y los placeres materiales: la superioridad del ascendiente moral que nace de la utilidad y del buen ejemplo, sobre las dotes brillantes del entendimiento. Lo que era un objeto de escándalo y de inmoralidad, se ha convertido en útil enseñanza. Lo que era inmundo se ha convertido en puro. La ficcion ha sido purificada por la historia.

Ha sido un excelente pensamiento el de reunir en esta obra con las verdaderas cartas de Abelardo y de Eloisa, poco conocidas por cierto hasta el día, las imitaciones de varios literatos modernos. Así quedará probado que nunca iguala la retórica de la imaginacion, á la elocuencia de los sentimientos. El ensayo histórico de Madame y Mr. Guizot tiene un mérito estremado. Para escribir bien la historia de Abelardo y de Eloisa era necesario asociar la sensibilidad de una muger, con la severa razon de un historiador. Las páginas de esta obra escritas por MM. Coussin, Chateaubriand, Oddoul,

Michelet, &c. porque todos han contribuido á elevar este monumento en honor de la mayor pasion, del mas profundo amor de los tiempos modernos, podrian dar á conocer por si solas el gran talento de sus autores.

En cuanto á las formas del lenguaje es bien cierto que ofrecian una dificultad casi invencible, porque Abelardo y Eloisa no envolvian sus pensamientos entre las nubes de frases estudiadas y equívocas. Mr. Oddoul ha debido citar y ha citado las palabras de San Agustin. *Amad y despues decid lo que querais.*—J. J.

BOLETIN.

[DESPEDIDA

de la Sra. Díez y el Sr. Romea.

La noche del 3 del corriente se ejecutó en el teatro de esta capital el drama titulado *los Amantes de Teruel*, última representación en este año cómico. Apesar de la copiosa lluvia que caía á las seis y media, hora desiguada para empezar el espectáculo, todas las localidades estaban llenas, y bastantes personas se volvieron descontentas por no haberlas podido adquirir. Nada diremos del éxito del drama, porque ya demostramos, en el número 56 de este periódico, la favorable acogida que obtuvo en su primera representación; solo nos limitaremos á describir el entusiasmo con que el público pidió por largo tiempo que apareciesen en la escena tan apreciables actores, despues de concluido el último acto. Entre una confusion de bravos y palmadas se nos presentaron los ya laureados Matilde y Julian, y recibieron las últimas pruebas del cariño que les tiene Granada, y varias coronas, entre las que vimos una de siemprevas con un lazo de raso del que pendia un papel satinado con esta inscripcion: "A los distinguidos artistas Doña Matilde Díez, D. Julian y D. Florencio Romea, en prueba de eterna memoria, sus amigos de Granada, en la noche del 3 de Marzo de 1810;" siguiéndole gran número de firmas, entre las que vimos con placer las de algunas Señoritas, y nosotros tuvimos el de

añadir las nuestras. El Sr. Romea, enterneado al recibir tales demostraciones del público, se adelantó á él, y dijo con voz balbuciente estas ó iguales palabras: "Hay cosas que se sienten bien; pero que no pueden espresarse. Todo lo que yo pudiera decir en estos momentos seria frio, insignificante. Acepten VV. nuestros deseos, y con ellos el corazon que los abriga." Mil aplausos resonaron al concluir estas palabras, y se vió marcada la tristeza en el semblante de todos los espectadores. En seguida se pidió se presentase el Sr. Fernandez, primer actor de carácter jocoso, el que hizo efecto y recitó con suma gracia unos versos compuestos por él al efecto, los que fueron recibidos con risas y aplausos. Despues pidió el público se presentase el resto de la compañía; lo que no pudo tener lugar por no hallarse todos en el teatro: á los Señores que se presentaron se les saludó cual correspondia. Cayó el telon, y bajaron del hueco de la lucerna una porcion de ejemplares de un romance impreso, composicion de D. Manuel Dávalos Santa Maria, en el que daba su adios á nuestros apreciables actores.

Concluido todo, varios de los amigos de los Sres. Romeas les rogamos que admitiesen una cena que les teniamos dispuesta; la que aceptaron: y á las doce de la noche empezó, contándose de veinte á treinta cubiertos. Varios fueron los brindis que se improvisaron, ya en verso, ya en prosa, de los que no hacemos mencion por no tenerlos presentes. A las dos se disolvió la reunion; y siendo la marcha á las tres, los amigos que teniamos pensado ir á despedirlos hasta Mitagalan, nos quedamos en su compañía. El comboy debía salir á las cuatro; y á las tres en diferentes carruages, salimos nosotros por el camino Real de Jaen. Eran las ocho cuando llegamos á la venta, donde la Sra. Díez nos tenia preparado un almuerzo. A las once y media llegó el comboy. Desde aquel instante nuestros ojos hubieron los unos de los otros: pero al separarnos, un movimiento espontáneo los contró; los de Matilde y Romea vertian lágrimas, los nuestros tambien; no tuvimos valor para despedirnos, y solamente, cuando escuchamos los látigos de los zageles y las voces del mayoral, separamos de nuestros ojos los pañuelos para saludarlos por última vez. (De la ALHAMBRA.)

Imprenta de la REVISTA MEDICA.